

Rivera, José Eustasio. *La vorágine*. Edición, estudio preliminar y notas de Remedios Mataix. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia (Clásicos Hispanoamericanos), 2021.

Como miembro de una de las comisiones que intentaban precisar la frontera entre Colombia y Venezuela, José Eustasio Rivera emprendió en 1922 el viaje que lo llevó a la región de los Llanos y a las selvas del Orinoco y del Amazonas, experiencia decisiva tanto para su actuación política posterior, por algún tiempo dedicada precisamente a denunciar el abandono oficial de aquellos territorios y la brutal explotación de los trabajadores del caucho, como para la redacción de *La vorágine*. Esta nueva edición me ha dado ocasión para volver sobre esa novela, publicada en 1924 por primera vez, en Bogotá (Editorial de Cromos). Rivera se había iniciado como poeta en la tradición romántica para integrarse después en el prolongado modernismo colombiano, pero no ignoraba otras opciones literarias, y en su relato consiguió conjugar con acierto el esteticismo y la crudeza. Sin duda pretendió documentar y hacer pública su denuncia, pero la célebre frase que cierra la obra —«¡Los devoró la selva!»— permite resumir otros de los significados dominantes que se le han atribuido: *La vorágine* representa el enfrentamiento fatal del hombre americano con esa naturaleza arrolladora que es también protagonista, y la aventura de Arturo Cova supone un viaje a los infiernos en los que se desvanecen los sueños del poeta que fue alguna vez, condenado ahora a compartir el sino de fracaso y maldición que atrapa a cuantos se acercan a la selva destructora. Se borran así los límites entre una visión determinista del hombre americano, a merced de las fuerzas telúricas, y el cumplimiento de un destino adverso, también signado por la violencia.

Nada tiene eso que ver con las deficiencias que en los últimos años sesenta los protagonistas del *boom* de la nueva novela latinoamericana reprocharon a la narrativa precedente, que consideraron primitiva o torpemente realista, opinión que encontró un notable eco en la crédula crítica literaria coetánea y posterior, como si el interés por la los espacios naturales y la denuncia de las injusticias resultaran incompatibles con la verdadera literatura. En los razonamientos de quienes a su publicación negaron a *La vorágine* la condición de novela puede el lector imparcial encontrar hoy confirmaciones de su carácter experimental, si por eso entendemos el complicado engranaje exigido por la construcción de un texto que finge ser un manuscrito encontrado, con el juego en torno a la autoría que demandan tanto el rescate de ese manuscrito como su edición. Por otra parte, la condición de poeta que asume Arturo Cova estrecha la relación de su experiencia con el reencuentro de los escritores modernistas con la tierra americana que dio lugar a buena parte de la literatura de su tiempo. El relato supone así la proyección de una sensibilidad refinada, tal vez enfermiza o desequilibrada, sobre la realidad geográfica y humana descrita, abordada a veces en fragmentos de carácter lírico u onírico (visionario, animista, expresionista), lo que justifica la variedad de registros literarios y lingüísticos del conjunto, ampliada cuando la enriquecen otros narradores (como el cauchero Clemente Silva), además de los diversos personajes más o menos costumbristas que pueblan la novela.

Tras informar cumplidamente al lector sobre la vida de Rivera, centrando su atención en los datos biográficos que ayudan a entender *La vorágine*, el excelente estudio preliminar de Remedios Mataix analiza el significado complejo que el regionalismo mundonovista alcanzó en esa obra, cuando el reencuentro con las tierras de América exigió de los escritores la denuncia de las injusticias que padecían y la descripción de sus peculiaridades físicas y humanas, síntomas de una identidad propia que se pretendía precisar y definir, a veces en contraste con una cultura europea que no pocos consideraban en decadencia. Desde esa perspectiva o “clave de lectura” se abordan aspectos de la novela como los que antes he señalado y también la contribución de *La vorágine* a la configuración de un mundo que los cronistas de Indias empezaron a revelar y a cuyas aportaciones se ha tratado de acercar el texto de Rivera, incluso en sus motivaciones y limitaciones: unas y otras eran las propias del viajero que además es un conquistador o un explorador, y no pueden ignorarse al explicar la tarea de nombrar la realidad que asumieron los cronistas y que ahora obligaba al escritor a convertirse en el historiógrafo, etnógrafo, naturalista y cartógrafo que se enfrenta a un mundo aún en gran medida desconocido.

Remedios Mataix pone de relieve los prejuicios y las deficiencias con que tanto los cronistas como Rivera (o su personaje narrador) se refirieron a la población autóctona de la selva del Orinoco, que no eran otros (entiendo yo) que los dominantes en sus épocas respectivas. Mayor interés para medir el alcance de *La vorágine* ofrecen sus consideraciones sobre la integración de la perspectiva o cosmovisión indígena lograda por los cronistas al incorporar supersticiones o mitos al relato de su encuentro con un mundo misterioso, con una naturaleza avasalladora, integración que el mundonovismo de Silva reproduciría al hacer de la inclusión de tradiciones orales vigentes en los espacios narrados un recurso para hacer convivir en su novela lo real y lo maravilloso (u horroroso), lo natural y lo mágico o sobrenatural, abriendo un camino por el que habría de transitar un sector muy significativo de la narrativa hispanoamericana posterior. Especial atención merecen las referencias a la indiecita Mapiripana, el mito genésico y etiológico probablemente apócrifo que se propone y se explica como rector de la novela. Precisamente por tratarse de una invención de Rivera, destinada a desempeñar la misma función que las leyendas y mitos recogidos o imaginados por los cronistas de Indias y por los viajeros posteriores tenían en sus relatos, se puede valorar su inclusión como prueba de la voluntad de potenciar la dimensión alegórica de *La vorágine* al asociar a Mapiripana con esa selva personificada hasta convertirla en protagonista, para hacer de esa criatura fantástica el símbolo de una naturaleza profanada que responde con violencia a quienes la violentaron, en un capítulo más de la tradición histórica y mítica generada desde el descubrimiento y la conquista de América. Remedios Mataix advierte la dimensión ecológica que ese planteamiento puede incluir y que el lector constata al comprobar que el respetuoso equilibrio que regía las relaciones entre el indio y la naturaleza ha dejado de existir, como la novela deja bien patente tanto al denunciar explotación inmisericorde de los trabajadores en los tiempos de la “fiebre del caucho” como al imaginar la reacción de la selva frente a sus invasores. Ese enfrentamiento era solo un episodio reciente en la larga serie de agresiones y venganzas que la historia y la cultura han asociado a la imagen de América desde los primeros momentos de la conquista, casi siempre cuestionando los valores propuestos o impuestos por la civilización occidental, lo que deja también de manifiesto la riqueza de significados que *La vorágine* propone todavía hoy.

Esta edición de Clásicos Hispanoamericanos de la UNED recupera el texto de la quinta, la publicada en Nueva York en 1928 por la Editorial Andes, la última corregida por el autor con la pretensión declarada de que fuera la definitiva. Se ha cuidado la disposición de los paratextos (el “Prólogo”, el “Fragmento de una carta de Arturo Cova” y el “Epílogo”), alterada en algunas ediciones en lo que se refiere a los dos primeros. Como Remedios Mataix comenta en su introducción, tal disposición es fundamental para la conformación de esa novela concebida como manuscrito que se encuentra por azar y se prepara para su divulgación, pues se relaciona con la voluntad de dar verosimilitud e incluso veracidad al relato. En la misma condición de paratexto, se ha optado por mantener el “Vocabulario” final de la edición reproducida, con la intención de recuperar el libro tal como su autor lo propuso. Ese vocabulario explicaba y explica los términos que Rivera consideró que lo necesitaban (por raros o locales) y que señaló en cursiva, como también se puede ver aquí. Su inclusión ha permitido a veces (cuando la información se ha juzgado suficiente) ahorrar ahora notas a pie de página. Eso no ha impedido que estas sean muy numerosas, y que muestren alguna vez las dificultades que entraña la búsqueda de la explicación adecuada y los riesgos que comporta la solución elegida. En su conjunto, esas notas aclaran suficientemente las voces que lo requieren y también ofrecen información generosa sobre las referencias culturales detectables en el texto, sobre los espacios geográficos y los hechos históricos mencionados o aludidos, o sobre los primitivos habitantes del ámbito del Orinoco, con su flora y su fauna, en un esfuerzo acorde con el que permitió a Silva documentar y revelar la realidad física y social de esa parte de América en la que discurren los hechos narrados.

Teodosio Fernández  
Universidad Autónoma de Madrid  
teodosio.fernandez@uam.es